

Maureen Lee

Una chica de barrio

Por la autora de *Las chicas de septiembre*



MAEVA

Maureen Lee

Una chica de barrio

Traducción:

MÓNICA RUBIO



MAEVA

Huskiison Street

1938-1940

1

–**H**ola, Pétalo. Ya estoy en casa.

–¡Mamá! –Joe alzó los brazos. La sacó de la cama y la abrazó con tanta fuerza que apenas podía respirar.

–He visto que te has bebido la leche y comido las galletas como una niña buena.

–Sí, mamá. –Apoyó la cabeza contra su cuello, en el espacio curvo que parecía hecho especialmente para ella. –Te he echado de menos, Pétalo. Ahora tengo una visita, así que quédate sentada un ratito en las escaleras. Llévate la chaqueta de mamá y no te olvides del osito. Saldré a recogerte en un abrir y cerrar de ojos. Luego, prepararé una taza de cacao para las dos y tostadas con mantequilla y mermelada, como siempre.

–Vale, mamá. –Joe se deslizó obediente al suelo y su madre le colocó suavemente la chaqueta azul marino sobre los hombros.

–¿Cuántos años tiene?

La voz ronca procedía de un rincón oscuro junto a la puerta de la habitación, iluminada por las velas. Un hombre muy alto, de nariz torcida y cabello negro rizado avanzó un paso. Tenía el rostro duro, pero sus ojos reflejaban melancolía.

–Tres.

–Más bien pequeña para que la dejes sola tanto tiempo, ¿no? No es seguro.

–¿Cómo que no es seguro? –replicó la madre, coqueta. Se quitó el largo alfiler de perla del sombrero de fieltro marrón—. Hay un guardafuego, y le dejo algo para comer. Sabe que siempre vuelvo. En cualquier caso, no es asunto tuyo.

—No, no lo es. Bueno, déjala fuera para que yo pueda tener lo que he venido a buscar. Estás algo piripi y llevo esperando esto toda la noche.

—Es lo que iba a hacer justo cuando metiste las narices. —El tono de voz cambió cuando se volvió hacia la niña—. Vamos, nena —le dijo con cariño, empujándola por la puerta hacia el descansillo.

Joe se sentó en lo alto de las escaleras y sostuvo al osito *Teddy* en alto para que pudiera ver las estrellas que los contemplaban a través de la claraboya y de las telarañas, unas telarañas que flotaban fantasmales a la luz de la luna. Luego se envolvió el cuello con las mangas de la chaqueta y trató de meter los pies descalzos en el dobladillo ribeteado. Tenía frío allí en la escalera, sin más ropa que el camisón. Su buhardilla era el lugar más cálido del edificio según mamá, porque el calor subía, y ellas se aprovechaban del fuego de los demás, amén del suyo. La buhardilla era el lugar donde solían vivir las criadas antiguamente. Tenía una pequeña chimenea de hierro y un fregadero triangular en una esquina. Una ventana diminuta se abría justo debajo del pico del tejado.

Las escaleras de la alta casa de Huskisson Street, a tiro de piedra de la catedral protestante, emanaban su propio olor característico, una mezcla de toda clase de cosas interesantes: comida —sobre todo repollo hervido o cebolla frita—, perfume, humo, polvo y otro peculiar, que mamá decía que era de moho seco. La casa había sido en otro tiempo una mansión, cuando era propiedad de alguien que importaba especias raras de Oriente. Las habitaciones estuvieron repletas de hermosos muebles; alfombras y moquetas exquisitas cubrían los suelos. Por todas partes, excepto en la buhardilla, había cableado eléctrico, algo muy avanzado pues no todo el mundo podía encender la luz sin más que pulsar un interruptor. La mayoría de la gente aún empleaba gas.

La madre de Joe se pasaba horas describiendo el aspecto que había tenido el lugar. «Pero ahora está hecho una ruina», suspiraba. Lo único que quedaba era el elegante papel de pared de las habitaciones del piso inferior. Hasta el cuarto de baño había perdido su grandeza: de las paredes se cayeron los azulejos y de los

grifos fluía un hilillo de agua. La cadena de la cisterna era ahora una cuerda y nadie recordaba que hubiera tenido nunca tapa.

Abajo se celebraba una fiesta; muchas voces, música; alguien tocaba una armónica. A Joe le parecía que nunca se encontraba despierta cuando la casa estaba en silencio. Quizá nunca lo estuviera. Quizá siempre había gente que daba fiestas, gritaba y chillaba, se peleaba o reía, lloraba o cantaba. A veces venían los guardias, que caminaban con ruido de botazas por la casa como si fuese suya, subían y bajaban las escaleras, aporreaban las puertas, y se colaban en las estancias sin esperar a que les permitieran entrar. Cuando esto ocurría, mamá la sentaba sobre sus rodillas, y fingía que le leía un cuento cuando un guardia entraba y le decía que lo acompañara a comisaría.

—¡Cómo se atreve! —respondía con la entonación fría y digna que reservaba para semejantes ocasiones—. Estoy aquí tranquilamente sentada, leyéndole un cuento a mi hija. ¿Desde cuándo es un delito leer?

—Lo siento, señora —se excusaba entonces el guardia llevándose la mano al grotesco casco en forma de huevo, y luego agregaba algo así como—: No estaba enterado de que aquí viven damas respetables.

En ese momento, ella se echaba hacia atrás su frondosa melena oscura y remataba:

—Pues sí, ya lo ve.

Los domingos, después de que mamá, ella y algunas de las chicas volvieran de misa, todas estaban de muy buen humor y se reunían en una de las habitaciones de abajo para tomar una taza de té y charlar. Había otras seis chicas aparte de mamá: la gorda Liz; Kate la alta; Gladys la dentona; Rita la negra; Rose la irlandesa y Maude la maloliente. Esta última era mucho mayor que las demás y se estaba quedando calva, pero la seguían llamando chica. Fumaba mucho, y tenía los dedos de la mano derecha de un curioso color amarillento. De todas ellas, era la que mejor le caía a su madre. Joe, con su mejor vestido, estaba en su elemento cuando le decían palabras cariñosas, la pasaban de unas rodillas a otras y la acariciaban casi hasta asfixiarla. Las chicas solían comprarle regalos: una chocolatina, un pasador para el cabello o un juguetito. Fue Maude quien le regaló a *Teddy* por su primer cumpleaños.

—Están muertas de envidia porque te tengo —le susurraba—. A todas les encantaría tener una niñita como mi Pétalo, aunque nunca lo admitirán.

Tenía diecinueve años, era casi la más joven, pero la única del grupo que era madre. Esto la hacía sentirse muy orgullosa, como si con ello superase a las demás.

Joe no era en modo alguno una carga ni una cruz, como sugerían algunas de las chicas. Sí, su madre podía haber ganado el doble o el triple de dinero si hubiera estado sola, pero conseguía lo suficiente para vivir, y con eso le bastaba. El domingo anterior, cuando se volvió a sacar el tema, se enfadó con Kate al decirle esta:

—Reconócelo, Mabel, las que trabajamos en lo nuestro nos arreglamos mucho mejor sin críos.

—¡Tonterías! —soltó mamá enojada—. Lo dices solo porque estás celosa. Nuestra Joe es para mí más importante que nada en el mundo.

—¿Por qué iba a estar celosa si ya me he deshecho de dos? —replicó Kate—. Si de verdad te preocuparas tanto por Joe, no estarías aquí. Este no es lugar para criar a un niño. Tienes educación, no como la mayoría de nosotras. Siempre estás hablando de aquella farmacia donde trabajabas. Si te lo propusieras, conseguirías un trabajo decente en un pispás.

Como sucedía con la mayor parte de las conversaciones de mayores que oía, Joe no entendió nada de lo que decían, pero se dio cuenta de que las mejillas sonrosadas de su madre palidecían.

—No, no podría —susurró—. No mientras la bebida me tenga atrapada...

La puerta de la buhardilla se abrió y salió el hombre de la nariz torcida.

—Vamos, nena, te llevaré dentro —le dijo amablemente.

Recogió a Joe, la acompañó a la habitación y la sentó sobre la cama. Mamá llevaba puesto el camisón rosado y se había hecho una trenza, lo que la hacía parecer una hermosa santa. Tropezó y casi se cae.

—Estás muy buena —masculló el hombre—, pero como madre eres penosa. Si no andas con cuidado, un día de estos te van a quitar a la niña.

—Lárgate, imbécil —replicó ella con voz bronca y temblorosa—. Tendrías que buscar mucho para encontrar una niña más bonita que Joe. Además, cumplirá cuatro años en mayo. —Se sentó en la cama y rodeó los hombros de su hija con el brazo—. Eres feliz, ¿verdad, cariño?

La pequeña, que estaba arropando a *Teddy*, de modo que solo le sobresalían la cabeza y los brazos, alzó la mirada y dijo:

—Oh, sí, mamá.

—¿Lo ves? —dijo su madre, desafiante.

—Parece estar bien, sí —admitió el otro a regañadientes—. En cuanto a lo de ser feliz, bueno, no conoce otra cosa, ¿no? Probablemente ni siquiera sepa lo que significa ser feliz.

Una vez que se fue, su madre llenó el cazo en el fregadero del rincón y lo puso al fuego, mientras hablaba consigo misma.

—Me pregunto si deberíamos irnos, encontrar otro sitio —murmuraba—. Aunque me gusta esta casa, las chicas son estupendas (bueno, la mayoría) y el casero es más o menos majo. Pero tengo que pensar en cambiar e ir a otro pub. No quiero cruzarme otra vez esta noche con ese idiota; menudo metomentodo... Hablaré con Maude para ver qué opina. —De pronto atravesó el cuarto a toda prisa y agarró a Joe con sus delgados brazos—. No podría vivir sin ti, Pétalo. Me mataría y te mataría antes de permitir que se te llevaran.

—Sí, mamá —contestó la niña.

No tenía la menor idea de qué estaba diciendo su madre, aunque sabía lo que significaba ser feliz. Se quedó sentada en la amplia cama, viendo cómo la vela proyectaba sombras temblorosas hacia las oblicuas vigas de madera y las paredes de ladrillo visto. Su madre descolgó unas prendas de la cuerda colgada entre dos vigas y las colocó sobre el guardafuego. De las prendas empezó a brotar vapor y un olor cálido y familiar. Luego, su madre removió el cacao, cortó unas rebanadas de pan, las puso en la tostadora, las untó primero de margarina y extendió luego la mermelada. Joe se dijo que sería imposible ser más feliz de lo que lo era en aquel momento. Dentro de un minuto, mamá se traería con ella las

tostadas a la cama, dejaría el cacao en el suelo de momento, y luego se las comerían sentadas, apoyadas la una en la otra.

—¿Qué necesitamos, Pétalo? —preguntó su madre mientras se acercaba con las tostadas dispuestas en un plato agrietado.

—Una bandeja —respondió Joe al momento. Cada noche, indefectiblemente, la madre sacaba a colación la necesidad urgente que tenían de una bandeja.

—Eso es. Podríamos apoyárnosla en las rodillas, como si fuera una mesita. Te diré una cosa: mañana iremos al centro a ver si hay bandejas baratas en las ofertas de Blacker. Nos pondremos nuestra mejor ropa y pasaremos el día allí. Para acabar, nos tomaremos una taza de té en Lyon's.

—Sí, mamá —asintió Joe encantada.

Su madre convertía cada día en una aventura. Según el tiempo que hiciera, iban a los columpios de Princes Park, o subían al *ferry* hasta Birkenhead o Seacombe; a veces llegaban incluso a New Brighton y si mamá tenía dinero, iban al ti vivo y a los caballitos. Si llovía, daban una vuelta por John's Market o por las tiendas elegantes como George Henry Lee y Bon Marché.

Al meterse en la cama junto a ella, su madre dijo:

—En casa teníamos una bandeja preciosa, de laca negra. Deberías haberla visto, Pétalo.

—Háblame de tu casa —murmuró la niña.

—¿Otra vez? A ver si crees que vivía en Buckingham Palace... y no en una casa corriente de Penny Lane.

—Es interesante.

Su madre rio.

—¡Interesante! ¡Vaya palabra más pomposa para una niña que aún no tiene cuatro años!

—¿Pomposa? Bueno... ¿Cómo era la bandeja? —Joe alcanzó una tostada y se refugió en el hueco del brazo de su madre, cuidando de no molestar a *Teddy*, que se había dormido profundamente.

—Ya te lo he dicho, de laca negra. Brillaba y tenía pintadas unas flores, como orquídeas. Eran naranja y rosa, con largas hojas verdes. Mi padre la trajo de Japón, creo. Nuestra casa de Machin Street estaba llena de cosas preciosas que mi padre había traído de todo el mundo. La mejor bandeja solo se sacaba los domingos. Los

demás días usábamos una horrible, de madera. Bueno, no creas que me voy a poner muy exquisita si resulta que mañana en la planta baja de Blacker solo encontramos una bandeja de madera.

—¿Qué aspecto tenía tu padre, mamá?

—Sabes tanto de él como yo misma, y lo que es más, tú sabes que lo sabes. —Le hizo cosquillas en la barriga y Joe cayó hacia atrás entre risas—. Era un irlandés del condado de Kildare, capitán de la marina mercante, y murió el último año de la Primera Guerra Mundial, aunque fue el mal tiempo, una tormenta espantosa, lo que lo mató, no la guerra. Yo no tenía más que un mes, así que nunca llegué a verlo, y él tampoco me vio a mí. No nos conocimos, como suele decirse.

—Pero viste su foto... —apuntó Joe.

—Así fue, Pétalo. —Su madre sonrió—. Lo recuerdas todo palabra por palabra, ¿verdad? Sí, su foto estaba sobre la repisa de la chimenea en Machin Street.

—¿Y era muy guapo?

—Sin duda que lo era, querida Pétalo. Alto, con buena planta, pelo castaño como el tuyo y el mío, y los mismos ojos azul oscuro. No es que se distinguieran los colores en la foto, pero eso fue lo que me dijo la pobre mamá.

—La pobre mamá que murió con el corazón roto —murmuró Joe con tristeza.

—Más o menos. —Su madre se encogió de hombros—. Ella también era irlandesa, del mismo pueblo, y lo conocía desde siempre. Seis años después, fue a reunirse con el Creador. Mi hermana Ivy tenía dieciocho años por entonces y ella fue quien me crio. Fue más una madre para mí que mi verdadera madre. Hasta que se casó con Vincent Adams, claro. Yo tenía doce años entonces. Tómate el cacao, cariño. Ten cuidado, no vayas a tirarlo. —Los ojos azules de su madre brillaron con enojo—. Tres años más tarde, me echó, aunque no tenía ningún derecho a hacerlo. Era una casa en propiedad, y tan mía como suya. Se trataba de la única casa en propiedad en Machin Street, y la primera que tuvo electricidad —siguió diciendo con orgullo—. Todas las demás eran alquiladas.

—¿Por qué te echó, mamá? —preguntó Joe con curiosidad. La historia siempre se volvía más bien vaga al llegar a ese punto.

—Creyó que había hecho algo malo, pero no era verdad. Lo malo lo había hecho otra persona, pero me echaron las culpas a mí. Yo fui la que vagó por las calles buscando un lugar donde vivir, expulsada de todas partes cuando se daban cuenta de mi estado.

—Fue cuando encontraste a Maude, la de abajo.

—No, cariño, fue Maude la de abajo la que me encontró a mí. Yo me dejé caer en un callejón no muy lejos de aquí, y esperé que ocurriera un milagro. Fue ella quien me trajo a su habitación en el piso de abajo, para que el milagro se produjese en un lugar agradable y cálido.

—*Mí* era el milagro —dijo Joe encantada.

—El milagro de los milagros, esa es mi *Pétalo*. Y se dice «yo», no «mí». Ahora, si te has terminado el cacao, es hora de acostarnos y dormir. Parece que esa fiesta de abajo va a durar toda la noche. ¿Quieres usar el orinal?

—No, mamá. Lo he usado justo antes de que entraras.

—Bueno, yo sí lo haré. —Su madre bajó de la cama y sacó el orinal de debajo—. Espero que *Teddy* tenga los ojos cerrados. No es apropiado que un caballero vea a una dama mientras utiliza el orinal.

—Está muy dormido, pero le taparé los ojos para asegurarnos.

—Bien, *Pétalo*, pero ten cuidado, no vayas a ahogarlo.

Su madre sopló para apagar la vela y se metió en la cama.

—Date la vuelta, cariño. Apóyate sobre mi rodilla. Es la postura más cómoda.

Se quedaron así tumbadas un rato, y Joe tuvo la sensación de que se habían convertido en una sola persona mientras el corazón de su madre latía junto al suyo, y podía sentir su aliento cálido contra el cuello. Notaba que aún estaba despierta.

—¿Mamá? —susurró.

—¿Sí, cariño?

—Ocurrirá otro milagro un día, ¿verdad?

—Así es —murmuró la madre con voz ronca—. Como te dije, cuando estés preparada para ir al colegio, mamá dejará la bebida. Lo juro. Buscaré un trabajo como es debido, y nos conseguiremos una casita para las dos. Tú y yo estaremos juntas por la noche,

no como ahora. Me alegro de que fuera Maude la que me encontró en aquel callejón, no una esnob santurróna como mi hermana Ivy, que habría hecho que te apartaran de mí. Pero Maude no era precisamente una buena influencia para una chica de quince años. Me trajo a esta habitación y me hizo seguir un camino que no habría seguido nunca de haber sido las cosas de otra manera; el único camino que conocía, por otra parte... Aun así, no me arrepiento del giro que tomaron las cosas. —Su voz se hizo más ronca y al fin se convirtió en un sollozo. Joe sintió cómo el brazo de su madre se tensaba alrededor de su cintura—. Bueno, digamos que no me arrepiento mucho.

El sótano de Blacker era una cueva de Aladino con sorprendentes y tentadoras gangas. Mamá se quedó prendada de una tetera de porcelana de flores con la tapa ligeramente deformada y de un mantel de lino de Irlanda bordado a mano sin ningún defecto aparente. La bandeja más barata que encontraron era de baquelita marrón y bastante fea, pero solo costaba once peniques y medio. Mamá dijo que recortaría una rosa de su libro de flores y la pegaría en el centro.

—Entonces quedará preciosa —comentó.

Le encantaba decorar cosas con flores de su libro.

—¿Sabes, Pétalo? —reflexionó pensativa mientras se detenía delante de las cuberterías—, no nos vendría mal un cuchillo nuevo para el pan. El nuestro, de tan desafilado, convierte el pan en migas. Solo vale seis peniques porque la madera del mango está un poco astillada. —Tomó del montón varios cuchillos hasta que encontró el que tenía el mango menos astillado—. No se puede decir que comprarlo sea ninguna extravagancia.

La dependienta metió los objetos en una bolsa de papel, y ambas se encaminaban a toda prisa a la puerta, porque a su madre le preocupaba gastarse un dinero del que tan escasa andaba, cuando una voz dijo:

—Vaya, si es Mabel Flynn...

Su madre se puso muy colorada y casi deja caer al suelo la bandeja.

—Señora Kavanagh... Hola —saludó con torpeza.

–Tienes buen aspecto, cariño.

–Gracias –balbuceó la madre.

La señora Kavanagh parecía sumamente amable, y Joe no podía entender por qué mamá parecía estar tan violenta. Era bajita y regordeta, de rostro redondo y amable, rosado, mejillas carnosas y ojos castaños que brillaban con buen humor. Su abrigo azul era de lo más elegante, con el cuello y los botones de piel. Llevaba un sombrerito azul con velo, hecho del mismo tejido que el abrigo, y lo lucía graciosamente inclinado sobre el ojo derecho. Tenía el pelo castaño y muy ondulado. Joe esperó a ser presentada. Era lo primero que mamá hacía cuando se encontraban a alguien nuevo. «Es Joe, mi hija», decía muy orgullosa. Pero aquel día su madre no actuó como de costumbre.

–¿Cómo va el trabajo, niña? –preguntó amablemente la señora Kavanagh.

–¿El..., el trabajo? –farfulló ella. Sujetaba a Joe de la mano y apretaba con tal fuerza que le hacía daño—. Bien, supongo que bien...

–Me sorprendió oír que habías dejado la farmacia Bailey para convertirte en niñera interna. ¿No estaba la señora Bailey enseñándote a despachar las recetas? Y me sorprendió porque, según Ivy, estabas muy a gusto en ese trabajo. ¿Dónde está la casa, cariño? Lo he olvidado.

–Esto..., en Greasby.

–Y supongo que esta será una de tus pequeñas pupilas, ¿no? –La mujer dirigió una sonrisa luminosa a Joe.

–¿Esta...? Ah, sí, sí, es Joe.

–Eres muy guapa, Joe. –Se inclinó y tomó la mano de la pequeña—. ¿Cuántos años tienes?

–Cumpliré cuatro en mayo.

–Yo tengo una niña que también cumplirá cuatro la semana que viene. Se llama Lily y debería estar aquí, a mi lado, pero se ha escapado, como siempre. ¡Lily! –gritó– ¡Lily! ¿Dónde estás? Su madre recuperó la voz finalmente.

–No sabía que hubiese tenido otra hija, señora Kavanagh.

–Bueno, cinco es un número muy desigual, Joe, cariño. Eddie y yo decidimos que fueran seis, pero hasta aquí hemos llegado.

Pensé que te lo habría comentado Ivy en una de sus visitas. Oh, aquí está nuestra Lily. Ven, cariño, saluda a Joe.

Una niña un poco más bajita que Joe se acercó dando saltitos. Se parecía mucho a su madre, con brillantes mejillas rosadas y ojos resplandecientes. Su cabello, algo más oscuro, le caía hasta la cintura en una masa de minúsculas ondas. Para sorpresa de Joe, su abrigo era idéntico al de su madre, azul con botones y cuello de piel. Pero no llevaba sombrero, sino un gorrito atado bajo la barbilla.

—Hola, Joe —dijo la niña obediente. Tenía la cara vivaz y traviesa.

—Hola —saludó Joe con timidez. No estaba acostumbrada a ver niños, y nunca había tenido una amiga. Su madre era la única amiga que deseaba, pero le hubiera gustado llegar a conocer a Lily Kavanagh.

En cualquier caso, eso no sucedería, porque su madre se apresuró a decir:

—Será mejor que volvamos ya a Greasby. Solo he venido a hacer algunas compras, aprovechando que hace tan buen día. Vamos, Joe.

La señora Kavanagh pareció desilusionada.

—Había pensado que podríamos charlar un poco mientras tomábamos una taza de té y una pasta. Te he echado de menos desde que te fuiste de nuestra calle, Mabel. Todo el mundo te ha echado de menos.

—Habría sido estupendo, señora Kavanagh, pero tengo que irme, de veras.

—Bueno, pues entonces, otra vez será. Adiós, cariño. Adiós, Joe. ¿Dónde están tus modales, Lily? Despídete...

Los ojos de la niña brillaron con picardía al mirar a Joe.

—Adiós.

—No es justo. Oh, no, no es justo en absoluto —se enfureció su madre mientras salían rápidamente de Blacker a la calle, donde brillaba el sol de primavera. Tenía el rostro enrojecido. Joe tuvo que correr para mantenerse a su altura, y no dejaba de tropezar con gente en las concurridas aceras. Una cesta de la compra casi

la hace caer—. ¿Cómo demonios iba a dejar mi trabajo en Bailey para ser niñera? ¡Por Dios...! Pero supongo que la pobre Ivy algo tuvo que inventarse para explicar por qué su hermanita ya no seguía en la farmacia. Después de todo, yo misma me he visto obligada a inventar toda una sarta de mentiras, porque la verdad la habría matado. Bueno, tampoco pensé nunca que fuera a volverse contra mí como lo hizo. Al fin y al cabo, es mi hermana. Creí que me apoyaría.

—¡Mamá! —jadeó Joe. Notaba una punzada en el costado y se sentía confusa. ¿De qué estaba hablando mamá? ¿A quién habría matado la verdad?

—Lo siento, Pétalo. Voy demasiado rápido para ti, ¿verdad? Soy la peor madre del mundo entero. —Caminó más despacio, pero seguía igual de enfadada—. Me alegro de que lleváramos nuestra mejor ropa y yo la boina, en vez de esa horrible cosa marrón. ¿Has visto qué abrigos más bonitos llevaban? Se los habrá hecho Mollie, lo mismo que el sombrero de ella y el gorrito de la niña, tan elegantes. Mollie hace toda la ropa a sus hijos; e incluso la de los chicos... El señor Kavanagh, es decir, Eddie, es dueño de la mercería de Woolworth en Penny Lane, así que a ella la tela le saldrá barata. Era muy buena amiga mía cuando yo era pequeña. Me invitaba a merendar en su casa hasta que Ivy regresaba del trabajo. Su hijo Stanley solo tiene tres años menos que yo. —Se detuvo en seco en medio de la calle—. Me habría gustado tomar una taza de té y charlar un poco, la verdad, pero me daba miedo que adivinase lo que hay.

—¿Qué es lo que hay, mamá?

—No importa —suspiró su madre—. Tú deberías llevar abrigos como el de Lily, no lo que desechan otros niños del mercado de Paddy. Quedó dinero, centenares de libras, y la mitad era mío. Mollie Kavanagh me confeccionó el vestido de la primera comunión, algo que también necesitarás tú en un futuro no muy lejano. Me gustaría saber de dónde vamos a sacar el dinero.

Joe no tenía ni idea. Tampoco sabía por qué el día, que prometía ser tan agradable, se había estropeado de aquel modo, y todo porque habían encontrado a la amable señora Kavanagh y a su hija Lily.

Luego, el día empeoró aún más. Su madre se dio cuenta de que estaban delante de un pub. Dijo:

—Espera un momento, Pétalo. Si no tomo algo para tranquilizarme, se me va a reventar una vena. Siéntate en el peldaño, cielo. Saldré en un abrir y cerrar de ojos.

Fiel a lo prometido, solo estuvo un momentito en el pub. Parecía mucho más tranquila cuando salió, pero dijo que beber era una maldición, que estaba decidida a dejarlo para poder conseguir un trabajo y una casita. Era la primera vez que Joe la veía beber durante el día.

2

Joe llevaba en la escuela elemental de Nuestra Señora del Monte Carmelo un año cuando Inglaterra declaró la guerra a Alemania, y todo el mundo empezó a armar mucho barullo acerca de todo. Pero aparte del racionamiento de la comida y de que la gente tuviera que llevar máscaras antigás colgadas al hombro, la guerra no influyó demasiado en sus vidas, que Joe supiera. Todas las ventanas tenían cruces de cinta adhesiva para protegerlas de los daños de las bombas, aunque nadie pensaba que hubiera la más mínima posibilidad de que cayese ninguna. Kate la alta y la gorda Liz se habían «reformado» y se marcharon al sur para trabajar en una fábrica que producía piezas para aviones. Pero Joe y su madre se quedaron en Huskisson Street, donde por aquellos días siempre había unas cuantas botellas de cerveza negra en el aparador, y durante mucho tiempo ya no se habló más de la casita.

A Joe no le importaba mucho. Seguían yendo a Princes Park y a dar paseos en el *ferry*. Le gustaba la escuela y sabía leer bastante bien. Por las noches, cuando mamá estaba fuera —y cada vez estaba más tiempo fuera en aquellos días—, hojeaba libros con *Teddy* y le enseñaba las palabras que sabía.

Después del comienzo de la guerra, los visitantes de mamá eran sobre todo jóvenes de uniforme. Algunos le daban a Joe un

penique, o medio, cuando se marchaban. Ella metía el dinero en una lata de cacao; eran sus ahorros para comprar una casita.

El último día del trimestre de verano se permitía a los niños regresar pronto a casa. Salían por la verja dando gritos, felices y excitados al pensar que no habría clases durante seis largas semanas. Joe fue corriendo a casa, entró en tromba y estaba a la mitad del primer tramo de escaleras cuando Rose la irlandesa salió de su piso del bajo. Era una mujer de poca estatura —«menuda», la llamaba su madre—, con un bonito cabello pelirrojo, y habría sido preciosa si no bizqueara de una manera tan horrible.

—Joe —la llamó con urgencia—. Ven conmigo un minuto, cariño. Ahora mismo, tu madre está con alguien. No te esperaba tan pronto.

—¿Por qué no puedo esperar en los peldaños, como siempre? —Joe ignoraba que mamá tuviera visitas cuando ella estaba en la escuela.

—Creo que tu mamá preferiría que esperaras conmigo. Puede tardar un rato. Vamos, cariño. —Rose la animaba con su voz suave y melodiosa—. El cazo está en el fuego, y esta mañana tengo un cuarto de galletas; la mayoría son de crema.

Al oír hablar de las galletas, Joe volvió a bajar las escaleras. Le encantaba la gran habitación de Rose, con sus bonitas cortinas de red y la pantalla de la lámpara forrada de seda roja con flecos. Rose había dedicado varios días a pegar cinta adhesiva a las altas ventanas hasta formar un dibujo muy complicado. El linóleo era morado, con un dibujo de ramas retorcidas y el papel de la pared, de rayas rojas y azules, con sus ramos de flores doradas en relieve, era una reliquia del importador de especias raras; estaba descolorido, incluso roto en algunos puntos, pero aún resultaba elegantísimo. En verano, la chimenea de mármol estaba llena, como ahora, de flores de tela que había elaborado la propia Rose. Una colcha de retazos cubría la cama individual, y el aparador estaba abarrotado de estatuillas, estampas y fotos de los numerosos hermanos y hermanas de Rose y de otros parientes de Irlanda, todos los cuales, por alguna razón, «se morirían en el acto» si supieran lo que Rose estaba haciendo allí.

El cazo con el agua ya burbujeaba en el fogón, el té se hizo rápidamente y las galletas se colocaron sobre un plato.

—Puedes mojar galletas en el té si quieres, cariño —dijo Rose amablemente, antes de proceder a hacerlo ella alegremente con la suya. Rose siempre estaba vestida de punta en blanco desde primera hora de la mañana. Aquel día lucía un precioso vestido de *crêpe* marrón con lentejuelas. Se había pintado las mejillas y los labios del mismo color que el vestido, y sus pestañas eran dos filas de rígidas patitas de mosca. Miró inquisitivamente a Joe con su ojo bueno—. ¿Y qué habéis hecho hoy en la escuela?

—Esta tarde hemos jugado, y por la mañana hemos tenido Catecismo —respondió Joe muy serio—. ¿Sabías que el papa es infalible? ¿Qué significa infalible, Rose?

La mujer se encogió de hombros.

—No sé, Rose. Yo soy muy bruta. Ni siquiera sé leer bien.

—¿De verdad? Mamá lee libros sin parar, libros gordos —presumió Joe—. Los trae de la biblioteca.

—Oh, todas sabemos lo lista que es la señoritinga. —Rose suspiró y pareció molesta. Siguió hablando con una pizca de desprecio en la voz—. Pero no fue lo bastante lista para comprobar si su mozo llevaba goma, eso no... Yo siempre lo hago. Los tíos odian usarlas, y solo una idiota se fiaría de su palabra. Y ahora mira a dónde la ha llevado todo eso.

—¿A dónde, Rose?

—A un pozo de mierda sin fondo, ahí la ha llevado.

Joe estaba a punto de preguntar si el pozo de mierda estaba cerca del muelle, cuando de arriba llegó un grito agónico.

—¡Mamá! —Joe habría reconocido aquel sonido en cualquier parte. Con el pánico, dejó caer una galleta en el *té* a medio beber y casi se cae en su carrera hacia la puerta.

—Espera un minuto, cariño —intervino Rose, al tiempo que se incorporaba de un salto—. Oh, Dios, debería haber cerrado la maldita puerta —gruñó.

Al principio, Joe no logró entender lo que estaba pasando cuando irrumpió corriendo por la puerta de la buhardilla, medio esperando encontrar a alguien que intentaba asesinar a su madre y dispuesta a defenderla con su propia vida. La escena terrorífica con que topó era quizá peor. La cama estaba cubierta con una especie

de sábana de goma negra en la que yacía su madre, con las piernas dobladas y muy abiertas. Entre ellas había un charco de oscura sangre roja. Mamá enseñaba los dientes y tenía un brillo salvaje en los ojos mientras luchaba por liberarse de Maude, que la tenía sujeta por los hombros. A los pies de la cama vio arrodillada a una extraña vieja, que se puso de pie cuando Joe entraba.

—Con esto bastará —dijo la mujer, y al mismo tiempo, su madre chilló:

—¡Sacad a Joe de aquí!

—Yo me la llevo —se ofreció Rose, que llegaba sin aliento—. Vamos, cariño.

Pero Joe, aterrorizada, se zafó de los brazos que pretendían agarrarla. Se escurrió junto a Maude y se arrojó sobre su madre, que volvió a chillar. Ambas empezaron a llorar a gritos.

La vieja, indiferente a la conmoción que allí reinaba, anunció con voz ronca:

—Es una libra.

—Deberías haber sido carnicera, Gertie —dijo Maude secamente antes de soltar a la madre de Joe, quien, lejos de hacer intento alguno por escapar, cayó hacia atrás en la cama, sollozando aún—. Al menos, espero que el chisme que has usado estuviera esterilizado.

La tal Gertie la ignoró.

—Me gustaría llevarme mi cubrecama de goma, si no te importa. Lo lavaré yo misma en casa. Ah, y será mejor que le deis a esa una aspirina. Seguramente le va a doler durante un par de días.

Fue mucho peor que dolor: sufrió una infección. Tuvo una fiebre altísima, se agitaba y se revolvió, gemía en sueños y murmuraba cosas que Joe no comprendía.

—No me toques, o se lo diré a Ivy —sollozaba histérica. O—: Como mi hermana lo descubra, le partirá el corazón.

Era como una pesadilla, pensaba Joe por la noche, cuando se acurrucaba contra el cuerpo caliente y húmedo, y todo empeoró aún más las diversas veces en que ululó la sirena que avisaba de los bombardeos. Su aullido fantasmal le producía escalofríos que le subían y bajaban por la columna. El zumbido de los

aviones alemanes sonaba a lo lejos, y ella contenía el aliento, rezando para que no se acercaran más. Maude decía que habían caído bombas en Birkenhead y Wallasey, con un balance de cinco muertos.

Durante ocho días enteros, su madre se quedó en la cama, de la cual solo se levantaba para usar el orinal, algo que era «como si me clavaran un cuchillo en las tripas», le decía llorosa a Maude. Joe se negó en redondo a alejarse de su lado durante más de unos minutos. Se sentaba en la cama y hacía ruiditos tranquilizadores mientras acariciaba suavemente las ardientes mejillas.

—No sé qué haría sin ti, Pétalo —le agradecía cuando estaba lúcida. Le preguntaba varias veces al día—: ¿Te importaría llevar ese vasito a casa de Maude para pedirle un chupito de whisky? Es lo único que me alivia el dolor.

—Está bebiendo más que nunca —comentó un día Maude, preocupada, después de invitar a Joe a su habitación, que apestaba; según su madre, Maude aún tenía que descubrir las virtudes del jabón y el agua. El maquillaje del día anterior manchaba su rostro afable y preocupado, y vestía la sucia bata desastrada que llevaba todo el día. Como no se había peinado, la calva se apreciaba más que de costumbre—. Creí que había jurado dejarlo.

Joe chasqueó la lengua y negó con la cabeza, como una persona mayor.

—Lo jura casi todos los días, Maude.

—Lleva años haciéndolo. —Maude hizo una mueca y agitó el cigarrillo—. Es culpa mía. Yo fui la que la inicié. Vamos, es que no puedes estar en el pub más de media noche y tomar solo limonada... Y tu madre es demasiado respetable para andar por las calles. Al menos, en un pub sabes exactamente con quién te encuentras. Pero claro, nunca pensé que se agarraría la bebida como un perro se agarra a un hueso.

—Maude... —Joe seguía confundida por la escena que presenció el día que llegó pronto a casa de la escuela. Había una pregunta que hacía días que se moría por plantear.

—¿Qué, cariño? —respondió Maude, ausente.

—Dime, ¿estaba tratando de matar a mamá aquella vieja?

Maude, ahora muy seria, no contestó durante largo rato. Luego dijo:

—No, cariño. No estaba tratando de matarla. Le estaba quitando algo que tu mamá no quería, como si quitara un forúnculo, o algo así. —Acarició afectuosamente la cabeza de Joe mientras vertía whisky en el vaso—. Súbele esto. Por cierto, ¿has comido algo hoy?

A Joe le rugía la barriga desde hacía horas. Mamá parecía haberse olvidado de la comida.

—Todavía no.

—Vaya, vaya. —Maude negó con la cabeza—. Te prepararé un bocadillo de gelatina y embutido. Eso te llenará el vacío del estómago de momento.

Mamá mejoró, pero durante mucho tiempo sintió las piernas como si fueran «un par de tijeras oxidadas», y sus movimientos eran rígidos y dolorosos. Ni se planteaba la posibilidad de caminar hasta Princes Park o el muelle. Prefería descansar, recuperar fuerzas, aunque acudía al pub por la noche y se traía a una visita consigo, porque no podía hacer otra cosa, pues tenía la cartera totalmente vacía.

Joe le ofreció el chelín y siete peniques y medio de sus ahorros de la lata de cacao. Mamá prorrumpió en llanto y contestó que era muy amable, pero que esa cantidad no duraría ni cinco minutos.

Durante las largas vacaciones, en los días soleados, en vez de ir en busca de los amigos que había hecho en la escuela, Joe prefería vagar sola hasta el muelle, donde observaba a los niños con cubitos y palas que abordaban el *ferry* de New Brighton, enjambres de pequeños acompañados por madres sudorosas y los correspondientes padres. Le daban envidia los rostros despreocupados de los niños, su evidente alegría. Hasta que un día luminoso de agosto se le ocurrió algo en lo que nunca había pensado. A pesar del calor ambiental, sintió frío cuando empezó a meditar en lo raro que era su existencia. ¿Por qué mamá no tenía un marido?

Al pensar en ello por primera vez durante aquella luminosa tarde soleada, le pareció que era algo muy extraño, algo que no estaba bien, lo de aquellos innumerables visitantes y lo que hacían cuando ella no se encontraba en la habitación. Sabía que su madre

se desvestía y luego se tumbaban juntos en la cama, que hacían unos ruidos rarísimos y después le pagaban. A veces los visitantes gruñían que ya habían gastado una pequeña fortuna en cerveza, y mamá contestaba enojada que no estaba a su disposición por el precio de unas cuantas copas, muchas gracias. Y desde que la vieja había reventado el forúnculo, lo que hacían los hombres resultaba muy doloroso. Mamá estaba a menudo deshecha en lágrimas cuando Joe volvía, y necesitaba tomarse una copa para mitigar el dolor. Ahora había whisky en el armario en lugar de cerveza, y mamá daba un trago largo directamente de la botella y luego se acostaba, olvidada ya la costumbre del cacao y las tostadas con mantequilla.

De hecho, Joe tenía apetito la mayor parte del tiempo, porque su madre casi siempre se olvidaba de comprar comida. De no ser por Maude, algunos días no habría comido nada.

Había en su clase niños que olían mucho peor que Maude. Tanto sus cuerpos como su ropa harapienta estaban muy sucios. Algunos no tenían zapatos e iban descalzos y varias niñas no llevaban bragas. Aun con todo, Joe hubiera apostado a que las madres de aquellos niños no se desnudaban para extraños. Eso la hacía sentirse un tanto avergonzada.

Apoyó los brazos en la barandilla y observó cómo el *ferry* rumbo a New Brighton dejaba tras su paso una estela de espuma blanca. El sol brillaba cegador sobre las aguas gris verdoso del Mersey y las lágrimas acudieron a sus ojos. No llevaba ningún pañuelo en la manga, así que se frotó las mejillas con el borde del vestido; en ese momento se dio cuenta de lo sucio que estaba. No lo habían lavado desde que finalizó el curso en la escuela y además, en todo ese tiempo no se había cambiado las bragas ni la chaqueta porque no disponía de otras limpias que ponerse. Tenía un solo vestido aprovechable, y su madre le había prometido hacía siglos que le compraría otro en el mercado. Por otra parte, necesitaba zapatos; los que calzaba ahora le hacían mucho daño.

Sin que supiera por qué, de pronto acudió a su mente Lily Kavanagh y su precioso abrigo azul. Recordaba vívidamente el día que se conocieron, y pensó en lo agradable que sería tener una mamá como la señora Kavanagh, que se acordaría de darle

de comer y hacerle ropa, y nunca aceptaría que llevara zapatos que le hiciesen daño.

Cuando llegó a casa, su madre estaba tendida en la cama, vestida y profundamente dormida. Joe pensó en lo bonita que estaba con su cabello castaño suelto sobre la almohada. Tenía las mejillas pálidas y se preguntó si volverían a ser alguna vez rosadas.

Tan silenciosamente como pudo, se quitó la ropa, sacó con cuidado el camisón de debajo de la almohada y se lo puso. Se acercó al fregadero, debajo del cual había un montón de ropa sucia para lavar, y abrió el grifo. El agua estaba fría, pero como le habían prohibido terminantemente tocar el guardafuego, no podía calentarla en el fogón, y además, el hogar estaba apagado. Frotó el vestido con jabón, y su cuerpecillo tembló mientras frotaba el tejido.

—¿Qué haces, cariño? —murmuró su madre con voz pastosa.

—Me lavo el vestido, mamá. Está muy sucio.

Pensó que su madre se sentiría complacida. Pero en lugar de ello, se sentó en la cama, rompió a llorar y se llamó de todo a sí misma.

—Soy la peor mujer del mundo —sollozaba—. No te merezco, Pétalo. Te estoy descuidando por completo. No hay mujer en todo Liverpool que no sea capaz de cuidarte mejor que yo.

Una sensación extraña, una especie de dolor, empezó a recorrer el cuerpo de Joe, desde lo alto de la cabeza hasta la punta de los dedos de los pies. Apenas podía hablar del nudo tan grande que tenía en la garganta. No le importaba lo que su madre hiciera para ganarse la vida, y si la señora Kavanagh y Lily hubieran venido y le hubiesen pedido de rodillas que se fuera a vivir con ellas, no se habría ido por nada del mundo. Quería a su madre con toda el alma y siempre la querría, y más aún en aquel momento. Nunca se separarían. Algún día tendrían su casita, aunque fuera preciso esperar al momento en que ella se pusiera a trabajar.

Atravesó a la carrera la habitación hasta llegar junto a su madre y empezó a cubrirle el rostro de besos.

—Oh, tienes las manos mojadas y frías —gritó su madre, mientras caía hacia atrás, riendo, en la cama.

Joe se sentó sobre su pecho y miró hacia abajo. Veía su propio reflejo en los oscuros ojos azules.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, Pétalo. Te quiero tanto que me duele. Ahora, espera un momento que me despeje la cabeza, y haremos juntas la colada.

El ruido era tan atronador, tan penetrante, que Joe sintió como si el cerebro se le removiese en el cráneo; al zumbido constante de los bombarderos en el cielo se superponía la cadencia de la respuesta incesante de los cañones antiaéreos en tierra. Y de pronto cayó la bomba.

Aquel *raid* aéreo fue peor que los anteriores. Los otros no parecían tan cercanos, tan inmediatos. El estallido sonó como si hubiera caído justo delante de la casa, y todo se estremeció. Los platos entrechocaron en la mesa, las vigas crujióron y densas capas de polvo cayeron al suelo. La vela se apagó y la habitación quedó en tinieblas.

Joe se cubrió la cabeza con la manta y agarró a *Teddy*, diciéndole temblorosa que todo iba bien, aunque nunca se había sentido tan asustada. Deseó desesperadamente que su madre hubiera estado allí para susurrarle a ella las mismas palabras tranquilizadoras. Se preguntó por qué temblaba la cama, hasta que advirtió que era ella quien temblaba. Le castañeteaban los dientes y sujetaba al pobre *Teddy* con tanta fuerza que casi lo estrangula.

Otra bomba cayó aullando, y Joe aulló con ella. Volvió a aullar cuando una mano tiró de las mantas y en la oscuridad no pudo ver a quién pertenecía.

—Joe —dijo su madre, angustiada—. No pasa nada, cariño. Soy yo. Hasta ahora, los alemanes nunca habían bombardeado tan cerca de casa. —Encendió la vela y Joe, congelada, petrificada, dejó que su madre la tomara en sus brazos y la acunara—. Vamos, vamos, cariño. He venido en cuanto cayó la primera bomba porque estaba muerta de preocupación.

—¡No vuelvas a dejarme sola! —gritó histérica Joe, agarrándose a ella—. ¡No vuelvas a dejarme sola!

—No te preocupes, cariño. No te dejaré. —Su madre le acarició la cara con ternura—. Si tenemos que irnos, nos iremos juntas. No podría vivir sin mi niñita, sin mi Pétalo.

Su madre se quedó en casa tres noches seguidas y se bebió todo el whisky. Los bombardeos no se repitieron, pero tenía los nervios de punta.

—Esto no puede seguir así —repetía sin cesar—. Estoy atrapada en esta rutina y he optado por lo más fácil.

No podía parar quieta y hablaba a menudo de «conseguir un trabajo como es debido. Debería ir mañana a echar un vistazo». Podían mudarse a Speke o a Kirkby, donde podría trabajar en la fábrica de municiones. El sueldo era bueno. Claro que Joe tendría que cambiar de escuela... Lo decía con tono fatigado, como si se tratase de un problema insoluble.

—No me importa, mamá, de veras que no.

A Joe le emocionaba la idea de vivir en lo que imaginaba como el campo, cuajado de campánulas azules, como una niña de uno de sus cuentos. Al mismo tiempo, reconocía con un sentido común de persona adulta que su madre estaba buscando excusas para no ir a Speke ni a Kirkby.

Durante las vacaciones de verano, Joe había llegado a una serie de conclusiones. Por ejemplo, lo extraña que era su existencia, el peculiar modo que tenía su madre de ganarse la vida, aunque no acababa de estar segura de qué era con exactitud. Lo más doloroso era saber que, aunque su madre decía de verdad que no podría vivir sin ella y que la quería más que a nadie en el mundo, no la quería lo suficiente como para conseguir el trabajo como era debido del que siempre estaba hablando, para marcharse a un lugar diferente. Quizá fuera la bebida lo que le había debilitado el carácter, lo que le hizo perder el valor que pudiera haber tenido en otro tiempo. Es más, no podría trabajar en una fábrica de municiones a menos que dejara la bebida, algo en lo que Joe ya no confiaba. Kate había escrito a Maude. Trabajaba en una cosa complicada llamada «torno de cabrestante». Era algo muy difícil, de gran responsabilidad, y se requería una precisión absoluta. Pero a su madre le temblaban las manos cuando servía una taza de té...

Todo ello no hacía que Joe la quisiera menos. De hecho, la quería aún más.

Hubo un bombardeo durante la cuarta noche que su madre se quedó en casa. La sirena sonó temprano, poco después de las siete. A Joe se le erizaron los pelos del cuello. Trepó a las rodillas de su madre y juntas escucharon el lejano ronroneo de los aviones enemigos. Quince minutos más tarde, el bienvenido sonido de la sirena que indicaba el fin del bombardeo rompió el aire tranquilo de la tarde.

—Creo que voy a escaparme un ratito —dijo su madre cuando el sonido cesó.

—¡No!

Joe la agarró por los brazos. No quería volver a quedarse sola en la habitación. Los aviones podían volver, la sirena volver a sonar, podían caer bombas...

—No puedo quedarme aquí siempre, cariño. —Su madre se ruborizó y apretó con fuerza las manos sobre las rodillas, como si por primera vez se sintiera incómoda ante su hija por lo que hacía—. Tengo que ganarme la vida.

—Entonces llévame contigo. Por favor, mamá.

Su madre la miró por unos momentos con el ceño fruncido.

—Supongo que puedo hacerlo —dijo al fin—. Sigue haciendo luz. Puedes sentarte fuera, en los escalones. Muchos niños lo hacen.

El pub Prince Albert estaba en la esquina de dos calles cortas detrás del salón de baile Rialto. Era pequeño pero imponente. El piso inferior tenía azulejos de color verde oscuro brillante, separados del ladrillo visto de la parte de arriba con una ancha banda de escayola en la cual habían labrado y pintado de dorado una fila de diamantes. La esquina de la entrada era especialmente grandiosa. Cinco peldaños curvos de piedra conducían a un par de enormes puertas batientes con elegantes tiradores de latón. Al otro lado de una de las calles había una pequeña droguería, con el escaparate rebosante de cubos, fregonas y botes de pintura, una pescadería con el mostrador de mármol vacío tras el cristal y una tienda de tabacos y dulces, aún abierta. Una mujer anciana

estaba sentada en una silla junto a la puerta, aprovechando el sol del atardecer.

Cuando Joe y su madre llegaron, un niño de su edad y una niña que no parecía tener más de dos años estaban sentados en los escalones.

—Te prometo que no tardaré, cariño —dijo su madre mientras empujaba las puertas batientes; los cristales de puertas y ventanas estaban pintados de negro por mor de la orden de oscurecimiento. Una gruesa cortina pendía sobre la entrada para que, por la noche, no apareciese ni el más mínimo resquicio de luz cuando la gente accedía al local o salía de él.

El niño de los escalones era alegre, con carita de mono y la cabeza afeitada y llena de llagas. Tenía el brazo izquierdo encogido. Se presentó como Tommy. La niña era su hermana, y él la estaba cuidando, pues de no ser así, en aquel momento estaría jugando con sus amigos, lo que a todas luces hubiera preferido. Su hermana se llamaba Nora. Aún no sabía hablar y era una verdadera lata.

—Supongo que no tendrás un cigarrillo —solicitó tranquilamente.

—Claro que no. Solo tengo seis años.

Se sorprendió al enterarse de que Tommy tenía diez.

—Cumpliré once en Navidades —presumió—. Hace años que fumo.

—¿Tus padres lo saben?

—Bueno, no —admitió—. Mi padre me desollaría si lo supiera.

—Lo tendrías bien merecido —repuso Joe remilgadamente—. Por cierto, a tu hermana se le caen los mocos.

—Límpiate la maldita nariz, Nora —ordenó Tommy, y Nora se pasó un brazo por la cara, de manera que extendió la repulsiva materia verdosa por toda la mejilla.

Jugaron juntos como amigos sobre los escalones de piedra. Tommy quedó impresionado cuando Joe saltó al suelo desde el cuarto peldaño.

—No está mal para una niña —admitió de mala gana. Naturalmente, él era capaz de saltar los cinco y aterrizar con ligereza sobre sus piececillos, mucho más pequeños que los de ella.

Luego le tocó a Nora, que berreó con todas sus fuerzas cuando cayó y se rasguñó las manos y las rodillas. Tommy abrió la puerta del pub y chilló:

—¡Mamá, Nora se ha hecho daño!

Debido al escándalo reinante en el interior del Prince Albert —estallidos de risas, canciones, golpear de vasos sobre las mesas—, a Joe no le sorprendió que no acudiera nadie. Consoló a Nora lo mejor que supo y entonces se dio cuenta de que a Tommy su hermanita le importaba un bledo. Luego, la mamá de Joe apareció con un vaso de gaseosa y un paquete de patatas fritas, que ella se sintió obligada a compartir con sus nuevos amigos. Nora dejó de llorar, pero empezó de nuevo con el llanto en cuanto se acabaron las patatas. Joe dio una patada en el suelo y le ordenó que se callara. Para su sorpresa, la pequeña le hizo caso.

Llegó una mujer que traía en brazos un bebé, a la cual seguía una niña apenas vestida que avanzaba agarrada a su falda. La mujer dejó el bebé en brazos de la niña, a quien advirtió:

—Si se te cae, tendrás problemas.

—Hola, Shirl —saludó Tommy. Shirl hizo lo propio con la cabeza, se sentó en el escalón con el bebé y enseguida se durmió.

—Qué cansada debe de estar —susurró Joe.

—Sí —asintió Tommy, a quien solo parecía importarle exhibir sus proezas atléticas. A pesar de su brazo encogido, se subió con facilidad a una farola y se balanceó en lo alto—. Mírame, Joe —gritó.

—Eres un presumido —resopló Joe.

Tommy se deslizó hasta el suelo. Parecía empeñado en impresionarla.

—¿Quieres verme el pito? —ofreció.

—¿El qué?

—El pito, la herramienta, la pirula. ¿Nunca has visto uno antes?

—No.

El chico se desabrochó el pantalón de *tweed*, que acababa justo encima de sus rodillas nudosas, y sacó orgulloso un trozo de carne con forma de gusano.

—Te haré un niño si quieres. Ya lo he hecho antes con otras niñas.

Joe contempló con desprecio el gusano.

—Esconde eso. No quiero un niño; gracias de todas formas. No sabía de dónde venían los niños, pero sí que Tommy hablaba sin saber lo que decía.

—Eres una listilla, Joe —murmuró Tommy mientras se abrochaba los pantalones.

—¿Puedo volver mañana? —preguntó Joe cuando regresaban a Huskisson Street.

Mamá, colorada y con los ojos brillantes, iba del brazo de un marinero que vestía un uniforme muy gracioso.

—Claro, cariño. ¿Te lo has pasado bien?

—Oh, sí, mamá. Fenomenal. Tommy va a Nuestra Señora del Carmelo, como yo. Nunca lo había visto antes, porque es de los mayores.

—Me alegro. Eso significa que por ahora hemos resuelto el problema de los ataques aéreos. Pero no te puedo dejar por ahí cuando se haga de noche. Bueno, ya resolveremos el problema cuando llegue. Por cierto, Pétalo, este es Pascal. ¿No es un nombre precioso? Es francés, y casi no habla una palabra de inglés.

Pascal sonrió al oír su nombre. Pellizcó la mejilla de mamá y dijo con voz ronca:

—*Je t'adore, Mabel.*

3

Tommy había encontrado una colilla en la acera. Abordó a un hombre que se había detenido en la puerta del pub para fumar una pipa maloliente, le pidió una cerilla y la encendió contra los azulejos. Aspiró con fuerza la colilla hasta que la punta brilló roja.

—Qué bueno —suspiró, antes de exhalar el humo con aires de experto. Nora, junto a él, se sorbió los mocos sonoramente en el escalón.

—Estás presumiendo otra vez —anunció tranquilamente Joe—. Nora, límpiate la nariz. —Miró hacia otro lado cuando Nora se limpió la nariz según su manera habitual. Hacía una semana que había ido por primera vez al Prince Albert, y se había encariñado